



EL MUSEO UNIVERSAL.



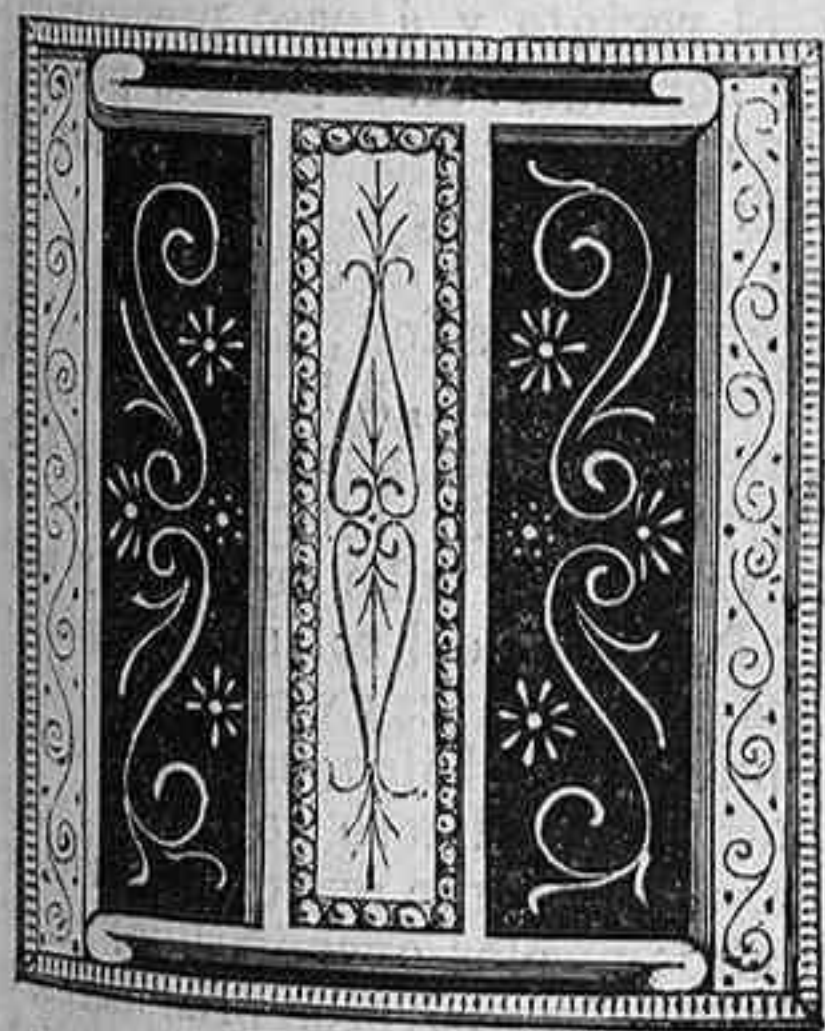
NUM. 39. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 26 DE SETIEMBRE DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



bamos acostumbrados tanto á la sequía y á los abrasadores aires de la canícula, que las lluvias últimas, generales en España, han venido á sacarnos como de un sueño del que no esperábamos salir, al menos en mucho tiempo; bien dice el

refran, que cuando Dios quiere, con todos los aires llueve. Los labradores se habrán animado un poco, y la tierra, que no es ingrata cuando se la beneficia con el riego que necesita, recibirá amorosamente la semilla que mas adelante, siempre si Dios quiere, ha de producir ricos y abundantes frutos. Así sea. Resultado, quizá, en parte, de la escasez que, como España, lamentan otros países, habrá sido la notable baja de los fondos públicos en la Bolsa de París, que se ha atribuido también al discurso pronunciado por el rey de Prusia en Kiel, y así lo ha anunciado la Agencia Havas, que, para contentar á todos los gustos, anunciaba en el mismo día, que la prensa ministerial de Francia y Prusia lo interpretaban en sentido pacífico. Escogjan nuestros lectores. He aquí ahora las frases que el emperador Napoleón ha dirigido á los generales, al abandonar el campamento de Chalons:

moderadas que fuesen, como pronósticos de guerra. Mi límite, pues, á atestiguaros mi satisfacción por vuestro celo y vuestra adhesión.»

En efecto, dicen de Argelia al Galois, haberse dado orden de que dos escuadrones de cada uno de los cuatro regimientos de cazadores de Africa; un batallón de cada uno de los regimientos de zuavos y de tiradores argelinos; el 12.º de cazadores de á pie, y los 34.º y 36.º regimientos de línea completos, estén dispuestos para salir al primer aviso.

Otra noticia hemos visto que, en su primera parte, nos dió un alegrón haciéndonos contar como un hecho consumado el desarme de Francia. La noticia se reduce á que el gobierno del emperador ha suprimido completamente el régimen defensivo organizado en el territorio francés... contra la invasión epizootica. Sea como quiera, si el hecho no es de la importancia que habíamos creído leyendo las primeras frases, no deja de ser satisfactorio, pues demuestra que los animales en Francia gozan una salud perfecta.

Mas grave sería el hecho, anunciado por el Nord, de que dentro de pocos días el gran ducado de Baden formará parte de la confederación de la Alemania del Norte, pues haría inevitable la guerra entre Francia y Prusia.

Bismark sigue enfermo de gravedad, según los partes recibidos en la semana que hoy termina.—Confírmase la reducción del ejército prusiano.—El rey Guillermo inspecciona sus tropas y las hace entretenerse en simulacros belicosos.—El emperador de Rusia concentra su flota en el Báltico y sus tropas en Varsovia, y el de Austria y los reyes de Sajonia y Baviera hacen maniobrar á sus soldados.—Garibaldi ha presentado su dimisión de diputado, lo cual se considera como una declaración de guerra dirigida por el partido de acción á Víctor Manuel.

Los polacos de Gallitzia piden su autonomía bajo las mismas bases que los húngaros, pero es difícil que se les conceda.—El Vidoodan asegura que en los montes Balkans ha habido encuentros entre los búlgaros y los turcos. ¡Desdichada Europa!

En el Sur de los Estados-Unidos han estallado graves y numerosos conflictos entre negros y blancos.—El general Lee ha declarado que la unión americana y la paz interior no se asegurarán sino por la anexión de Méjico, á cuyo fin dice la Tribuna de Nueva York, se han dado instrucciones al general Rosen-

craz, representante de los Estados-Unidos en esta última república.

Respecto de los terremotos del Perú y el Ecuador, el 13 y el 16 de agosto, aun rebajando mucho de lo que naturalmente se exagera en los primeros momentos, resulta que han ocasionado desastres que superan á las mas terribles catástrofes que registra la historia. Con este motivo la prensa de Madrid ha manifestado su noble deseo de que si nuestras escuadras se presentan en las costas del Pacífico, sea para llevar toda clase de auxilios á aquellos desventurados pueblos. Esta iniciativa generosa—ha dicho—restablecerá nuestra fuerza moral en América, mejor que todas las victorias, y demostrará á los pueblos del Perú y del Ecuador que España es siempre la madre de sus hijos y la cuna de su civilización.

Se sabe oficialmente que los trabajos del canal de Suez, quedarán terminados dentro de trece meses, época en que se verificará la inauguración de tan grande obra, y que el puerto de Said se concluirá muy en breve. El señor Lesseps ha espesado, por medio del representante de España en Constantinopla, su reconocimiento hácia nuestro país, recordando que cuando hallaba mayores dificultades para la realización de sus proyectos en todas las naciones, España fué quizá la primera que comprendió y favoreció tan importante empresa.

Es curioso el siguiente dato estadístico publicado por el señor Jimeno de Agius, entendido colaborador de EL MUSEO, sobre los países y épocas en que se ha abolido la pena de muerte. Dice así: Finlandia, 1826; la Luisiana, 1830; Taiti, 1831; Estados de Michigan, 1846; Ducados de Nassau, de Odemburgo y de Brunswick, 1849; Estados de Rhode Island, 1852; República de San Marino, 1859; Toscana, 1859; la Rumania, 1860; ducados de Weimar y de Sajonia Meiningen, 1862; Canton de Neufchatel, 1863; Estados-Unidos de Colombia, 1864; Estado de Illinois, 1864; Portugal, 1867, y en el presente año el Gran Ducado de Sajonia Weimar.

El gobierno inglés, que ha comprado seis líneas telegráficas á las sociedades que las poseían, ha encargado del servicio de las mismas á individuos del sexo femenino. Menos afortunadas las mujeres inglesas en la cuestión electoral, por ahora no ejercerán este derecho. Las actas de Enrique VI dicen que pertenece al pueblo, no habiendo sido nunca, ni aun bajo

esta forma vaga, comprendidas las mujeres; y además el revisor legal del importante acto de que se trata, funda su negativa en que si la legislatura hubiese tenido intención de conceder á las mujeres el derecho electoral, lo habria expresado en términos inequívocos. Sin embargo, ha autorizado á las interesadas para que apelen de su decision.

Sin negar el placer que nos produce la lectura de muchos trabajos políticos, científicos y literarios que suelen publicar los diarios y revistas extranjeras, nos hallamos muy lejos de creer, como algunos, que fuera de España se hacen milagros en ese terreno, y que los tales milagros se deben á la superioridad intelectual de aquellos escritores relativamente á los nuestros. Si fuera posible colocar á unos y otros en igualdad de circunstancias para el natural desarrollo de sus respectivas facultades, otra cosa sería. De lo que nosotros nos admiramos es de que los escritores extranjeros, no siempre, ni mucho menos, justifiquen sus pretensiones y se hagan acreedores al asombro con que aquí se acogen todas sus obras. El cargo de corresponsal del *Times* en París—dice un periódico—equivale á una embajada, por sus emolumentos. El señor Meagher, que lo desempeña actualmente, tiene 1,500 duros de sueldo anual, y además gastos de representación, entre los cuales se cuentan los necesarios para pagar diariamente una mesa de doce asientos. En España—añadimos nosotros—salvas rarísimas escepciones,—el escritor que gana para papel y plumas, puede decir que ha puesto una pica en Flandes.

El teatro de Jovellanos, ha inaugurado sus funciones con el drama de don Francisco Luis de Retes, *Doña Inés de Castro*, que fue recibido con generales aplausos, siendo el autor llamado á la escena para recibirlos nuevamente en el segundo acto y al final de la representación.

El teatro de Novedades se ha visto frecuentado por numerosa concurrencia, con motivo de las representaciones de *El laurel de plata*. Esta obra, que tambien ha merecido lisonjera acogida, ha sido puesta en escena con un lujo en el decorado, que prueba el esmero de la empresa y su deseo de presentar las funciones de un modo que satisfaga las exigencias del espectáculo mas digno y mas propio de nuestra época.

Por la revista y la parte no firmada de este número.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

MAQUINA PARA VOLAR.

DE KAUFMANN.

Desde que Dédalo por medio de sus alas se escapó de la prision en que estaba y obligó á su hijo á sacrificar su vida al estéril honor de legar su nombre á un brazo del mar Mediterráneo, se han hecho multitud de ensayos para resolver el problema de la navegación aérea, pero hasta ahora por desgracia todos han sido infructuosos; en el dia, sin embargo, esta idea, parece que ha salido del dominio de la fantasía poética y de los sueños filosóficos para ir á fijarse en el terreno científico.

No nos detendremos en referir los primeros ensayos mas ó menos desgraciados para llevar á cabo esta idea, porque suponemos que nuestros lectores los conocen. Desde principios de este siglo se han hecho muchas ascensiones en globos, pero se ha abandonado el uso del hidrógeno empleado por Pilatre de Rozier, Blanchard y otros, porque el cambio de los gases es demasiado violento para la cubierta del globo y éste desciende á medida que se llena de aire atmosférico. Green llenó su globo con gas hidrógeno carbonado, que no es tan ligero como el gas hidrógeno sólo, pero que es mucho mas ligero que el aire atmosférico, y no se cambia tan fácilmente por el mismo, y de este modo hizo un viaje de 48 horas desde Londres por el mar del Norte, Holanda y Bélgica hasta Nassau. Despues de tan feliz ensayo, los viajes aéreos se hicieron con mas frecuencia, llevando en algunos hasta caballos, pero entre todos estos viajes no hubo ningunos tan notables ni tan importantes para la ciencia como los que emprendió repetidas veces Glaisher para hacer observaciones meteorológicas. En general, se usa gas hidrógeno carbonado de diferentes combinaciones; muchas veces, el gas que se emplea para el alumbrado de las calles, que es catorce veces mas pesado que el gas hidrógeno y muy poco mas ligero que el aire atmosférico, por lo que estos globos sólo se elevan á una altura proporcionalmente pequeña. En los viajes de placer es necesario llevar mucho peso inútil en sacos de arena para vaciarlos si conviene, y aligerando el peso, hacer subir al globo, cosa á que hay que recurrir con frecuencia. Para hacer descender al globo se abre una válvula que tiene, por la cual se deja salir tanto gas como se cree conveniente, pero de este modo se hace imposible el volver á ascender. Como no se puede impedir un accidente que inutilice el globo y produzca una catástrofe como la que causó la muerte de Rozier en Boulogne, se debe llevar siempre un paracaídas, invento excelente de Mr. Blanchard.

Otro de los inconvenientes que presenta el viaje en globo, es la falta de un timon que hasta ahora ha sido imposible construir.

En estos dos obstáculos está al presente la dificultad principal de la navegación aérea. En realidad no se puede decir que un globo es útil en tanto que no sea posible dirigirle á voluntad para evitar el choque con un árbol ó un monte á fin de hacerle subir ó bajar, ó de sacarle de una zona en que la atmósfera es demasiado fria ó demasiado sutil para llevarle á otra mas conveniente. La esposicion aeronáutica de este año en el palacio de cristal de Londres, se ha dispuesto para mostrar hasta qué punto se han vencido estas dificultades.

Para comprender la dificultad que presenta este problema, examinaremos por un momento las leyes de la navegación aérea, las cuales están conformes con las de la navegación marítima.

El globo sube hasta que la masa de aire desalojada por él es igual á su peso; entonces nada tranquilamente como el pez en el agua, pero asi como un pez muerto es arrastrado por la corriente y no va con mas celeridad ni mas despacio que el rio que le lleva, del mismo modo se mueve el globo en el viento; le sigue involuntariamente, y asi como al pez muerto no le sirve de nada una balsa, tampoco le sirven al globo las velas ni el timon. Es imposible dar direccion á los globos en tanto que el viento sea la única fuerza que los mueva; pero se los puede dirigir fácilmente por medio de un instrumento parecido á los timones mas comunes, si se emplea una fuerza independiente del viento, como por ejemplo, el vapor, y si sufre una resistencia por parte de la atmósfera.

Un buque se sostiene sobre el agua por la forma de su construcción, pero no necesita que se le eleve ni que se le haga descender. Un globo por su forma algo análoga á la de un buque, flota en la atmósfera como el barco que navega en el mar, pero para darle movimiento es preciso que se disminuya su peso en la subida y que se quite toda ó parte de la fuerza que le sostiene cuando se quiera que baje.

Los globos tienen tambien el inconveniente de que la operación de llenarlos es frecuentemente peligrosa y siempre muy pesada; además tampoco pueden sostenerse mucho en el aire, y es preciso llenarlos de nuevo para cada ascension que se hace. Las 40 máquinas que para el objeto se han presentado en la esposicion de Londres, muestran hasta qué punto se han vencido estos obstáculos, pero nos limitaremos á hablar únicamente de la de Kaufmann, aunque las de Luntley, Spencer y Stringfellow merecerian una descripción especial.

La máquina para volar de Kaufmann, es la que mas ha llamado la atención en la esposicion de Londres. Los grabados de ella que damos en este número la representan en movimiento y vista por la parte superior é inferior. En uno de estos grabados se ve la caldera, que es igual á la de una locomotora. Debajo de la chimenea se halla el cilindro horizontal que trasmite el movimiento á la cámbria que aparece delante, en cuyas estremidades se hallan fijadas las ruedas motrices que tienen la inscripcion siguiente: «La Paloma, máquina para volar, privilegio de Kaufmann; J. M. Kaufmann, ingeniero inventor.» Como se vé fácilmente por uno de los grabados, el movimiento se comunica desde la cámbria, por medio de dientes y escentricidades, á las barras de las alas. Hay allí un número tan considerable de alas, que se podria creer que el inventor ha querido que el número supliera á lo que le falta de verdadera semejanza con las alas de las aves al tiempo de estar en movimiento. Las dos que hay delante, que en el grabado principal se elevan amenazadoras sobre la tierra y el mar, están destinadas á producir el movimiento propio del ave de hierro y se levantan y se bajan de un modo que se asemeja bastante al movimiento natural de las alas de las aves. Detrás tiene cuatro alas dos á cada lado, divididas en cuatro partes; cada una de ellas está compuesta de cuatro capas paralelas de una tela ligera que se sostiene tirante por medio de bastidores de hierro y que en las máquinas mayores se sustituiria probablemente por hoja de lata. Estas alas, á las que se dá el nombre de sostenes, se mueven hácia arriba y hácia abajo y sirven para evitar que el ave suba y descienda con demasiada violencia. Su gran peso y su mucha resistencia han producido hasta ahora en cada ensayo una rotura anticipada. Las alas de detrás sirven para dirigir la máquina. Las dimensiones de la máquina son las siguientes: longitud total de la superficie 16 pies; de las alas delanteras 14 pies; anchura de las alas, de 8 á 12 pulgadas. El movimiento de la cámbria es de 3 1/2 pulgadas y su diámetro de 2 pulgadas poco mas ó menos. La máquina de vapor es de fuerza de dos caballos y pesa solamente 115 libras; trabaja con una presión de 120 libras en una pulgada cuadrada; las alas deben moverse 150 ó 200 veces por minuto y llegar á hacer 12 millas por hora. Pero ¿qué es esto para la atrevida fantasía de un aeronauta? Kaufmann se ha propuesto como mínimo hacer 800 millas por hora con la máquina que piensa construir, la cual tendrá una fuerza de 300 caballos y llevará un wagon aéreo. Este wagon tendrá cuatro ruedas en su parte inferior

para poder correr por la tierra en caso de que se cansen sus alas y se encuentren caminos que se debe empezar á correr la máquina hasta que haya llegado á tener tal velocidad que pueda volar; además York, que debe hacerle en unas seis horas, por una causa cualquiera no pudiera continuar por el aire y el aeronauta se viera obligado á caer al mar, el wagon se transformaria fácilmente en un barco y podria seguir su camino sin obstáculo, siempre que no tuviera la desgracia de carecer de combustible. En último extremo, aun sucediendo esto, el barco lleva timon y remos que le conducirian ciertamente á la deseada tierra.

La esposicion aeronáutica queda aplazada para el año próximo, en el que se verificará en mayor escala. La esposicion de este año, que ha sido á modo de ensayo, aunque no ha dado ningun resultado positivo, no puede considerarse como estéril; se ha visto que el presentar teorías solamente, no resuelve la cuestion, y es de esperar que en el año próximo, aunque no muchos, haya algunos aparatos en los que pueda ensayarse un viaje por el aire. Deseamos el mejor éxito á los que se dedican á esta parte de las ciencias naturales, y aunque no creemos que todos los experimentos sean útiles para la ciencia, sabemos sin embargo por la historia de aquellos experimentos que muchas personas inteligentes han hecho con buen éxito ensayos en esto y abrigamos la esperanza de que no está lejano el tiempo en que el primer rayo del sol naciente le podrá recibir el hombre volando por lo alto de la atmósfera, y que el mismo, mucho despues que el sol se haya hundido en el ocaso para los que están en la tierra profunda, será un punto brillante en el espacio alumbrado por los rayos del astro del dia ya oculto para la tierra, y de este modo dará una nueva prueba al mundo del espíritu de Dios que existe en el hombre y que todo lo vence haciendo servir para sus propios designios á las fuerzas de la naturaleza.

M.

HISTORIA.

MUERTE DEL MAESTRE DE SANTIAGO DON GONZALO RODRIGUEZ CORONADO Y ORIGEN DEL APELLIDO MATAMOROS.

Serian las once de la mañana de un dia del mes de setiembre del año de 1452, cuando corria á todo el escape de su hermoso caballo un guerrero cristiano, con direccion á la plaza de Ecija. El caballo arrojaba ardientes copos de blanca espuma, que denotaba la gran carrera que habia dado.

Al llegar á la poblacion, siguió hácia la puerta de Osuna, y al divisar el centinela al guerrero, le dió el ¡quién vive! á lo que aquel contestó: «España y Santiago!» con voz algo agitada, añadiendo que le abriesen al momento, pues le precisaba hablar con el gobernador de la plaza, para darle nuevas de importancia, que no admitian demora. Se bajó el puente levadizo, y previas las formalidades de ordenanza, se le dió entrada en el recinto y á paso precipitado se dirigió á casa del gobernador. Al llegar á la puerta, se apeó del caballo, que dejó á cargo de uno de los soldados que daban allí la guardia.

En presencia de don Pedro de Aguilar, éste, que entonces mandaba en la poblacion, le preguntó que cuáles eran las nuevas que traia, á lo que contestó el guerrero: «Señor, desde Osuna nos dirigiamos á Casariche doce guerreros, cuando al llegar al camino de Granada divisamos una gran nube de polvo y vimos brillar, heridos por los rayos del sol que asomaba en el horizonte, un bosque de lanzas y almetes; retuvimos las riendas á nuestras cabalgaduras y ya á corta distancia observamos gran número de moros; tratamos de escapar, pero por pronto que quisimos hacerlo, nos vimos envueltos por los enemigos del nombre cristiano. Todos los nuestros cayeron prisioneros, todos excepto yo, que gracias á la velocidad de mi alazan, pude escapar, y vengo á daros aviso, pues ya no deben tardar mucho en presentarse nuestros enemigos á la vista de la poblacion.»

No bien hubo oido estas palabras el gobernador, dió las disposiciones convenientes, y al punto mandó reforzar las guardias, preparándose todo para oponerse al enemigo.

Además, se tocaron las campanas á rebato para que las gentes que estaban en el campo, se retiraran al abrigo de las murallas.

Al poco rato, los vigías avisaron que aparecia el enemigo, trayendo delante multitud de gente que se hallaba en las vendimias, y que al divisar á los moros venia huyendo á ampararse de la plaza, quedando muchos en poder de estos.

A estas pobres gentes ya no les fue posible entrar, á causa de estar cerradas las puertas, asi es que tuvieron que arrimarse á los muros y esperar el resultado.

El intrépido Mahomed, rey de Granada, seguido de

un formidable ejército, era el que se presentaba á poner sitio á Ecija, talando á su paso todos los campos y apoderándose de sus habitantes y ganados.

A su paso, también atacó el castillo de Alhornos, que está inmediato á la plaza, y cuya reducida guarnición hizo una heroica defensa, teniendo Mahomed que seguir su marcha, sin haber logrado su intento.

En aquella sazón se hallaba en Ecija el valiente maestro de la orden militar de Santiago, don Gonzalo Rodríguez Coronado con algunos caballeros de la misma.

Puesto don Gonzalo de acuerdo con don Pedro de Aguilar y otros jefes, hicieron tomar las armas á cuantos hombres había capaces de llevarlas, y se prepararon para hacer una salida si fuese necesario, en cuyo caso quedaria encomendada la defensa de los muros á los ancianos, las mujeres y los niños.

A los cuatro dias de establecido el cerco, de haber mediado intimaciones que fueron desechadas, y de haber intentado varias veces el asalto sin conseguir mas que perder mucha gente, determinó Mahomed levantar el sitio y regresar á Granada con el inmenso botín que había cogido á su paso.

Al saber esto los de la ciudad, abrieron una de las puertas y salió por ella una lucida division llevando á su frente á don Pedro de Aguilar y á don Gonzalo Rodríguez Coronado. A estos se unieron los habitantes que se habían quedado fuera al amparo de las murallas, muchos de ellos armados con instrumentos de labranza, dando alcance á los sarracenos en el sitio donde había una atalaya desde entonces llamada *Torre de la vencida*. Travóse, pues, en el momento una encarnizada batalla, muriendo de una y otra parte mucha gente.

El valeroso maestro de Santiago conoció á Mahomed y arremetió á él con denuedo, adelantándose á los suyos gran trecho, lo que hizo que los moros le cercasen, y despues de una heroica resistencia, cayó atravesado de trece lanzadas, quedando muerto en el acto. La misma suerte cupo al denodado don Pedro de Aguilar y otros cuantos capitanes ecijanios.

De los moros murieron el valiente Abenchüt, el héroe Aladin, Muza, Reduan, Abindarraez y otros muchos guerreros de nombre y fama.

Al ver los ecijanios muertos sus dos jefes principales, desmayaron un poco, pero el bravo Tello Gonzalez de Aguilar cogió la bandera de la ciudad con la mano izquierda y con la derecha su temible espada, y dirigiéndose á los suyos les habló de esta manera: «Compatriotas: nuestros padres, nuestras mujeres y nuestros hijos nos miran desde los muros y será una gran mengua y baldon eterno para el que vuelva la espalda.» Diciendo esto, se arrojó á todo el escape de su caballo sobre los infieles. Ni uno sólo hubo que no le siguiese, volviendo á encenderse mas furiosa la batalla, y haciendo cejar á los moros, en cuyas filas principió á cundir el desorden.

Al principiar la batalla, los cristianos hicieron unos cuantos prisioneros, y tratando de desembarazarse de ellos mandaron á un intrépido soldado, hombre de fuerzas hercúleas, que los condujese atraillados á la poblacion; mas al llegar al puente llamado de Gilena, lleno de rabia porque habían matado á Aguilar y á Rodrigo Coronado, deseoso de volver á tomar parte en el combate para vengarlos, y viendo que el estar encargado de los prisioneros lo impedía, sacó la espada y él sólo por su mano dió muerte á todos. Hecho atroz y cruel, pero que por desgracia se ve repetido con mucha frecuencia en esta clase de guerras, si no igual al ya citado, muy parecido.

Concluida esta atroz matanza, se lanzó á todo escape á tomar otra vez parte en la batalla. Al llegar á sus filas, le preguntaron que dónde había dejado los prisioneros que le habían sido entregados, á lo que él contestó: «Ya no dan ruido, pues los he matado por mi mano y vengo á matar más, hasta que concluyamos con todos;» y arrimando espuelas á su caballo, se metió en medio de la morisma, en la que causó un estrago espantoso, estando á punto de coger prisionero al rey Mahomed, quien escapó á uña de caballo.

Los moros fueron completamente derrotados y puestos en vergonzosa fuga, habiéndose rescatado los cautivos que llevaban, y cogiéndoles el botín y gran número de prisioneros, entre ellos muchos capitanes de gran valía y fama.

Al regresar á Ecija el ejército vencedor, se trajeron los cadáveres de Coronado y Aguilar y demás capitanes muertos con tanta gloria, á los que se hicieron magníficos funerales, y se mandó vistiesen todos los vecinos de la ciudad por tres dias luto rigoroso.

Desde entonces, al soldado que dió muerte á los mahometanos prisioneros le llamaron *Matamoros*, cuyo apodo tomó por apellido, nombrándose así sus hijos y descendientes hasta nuestros dias.

Esta victoria la atribuyeron los ecijanios á la ayuda del Apóstol Santiago, por lo que al regresar al pueblo fue todo el ejército á la ermita de dicho apóstol á darle gracias, y en seguida, en el mismo sitio en que estaba la mencionada ermita, se construyó una hermosa iglesia, que mas adelante fue erigida en parroquia, y existe hoy.

A. DE T. Y A.

LA AGONIA DE CLEOPATRA.

INSPIRACION.

Regójate, ¡oh, Egipto! porque vas á tener al orbe por émulo de tu felicidad y de tu gloria.

Porque yo te obsequiaré con fiestas y honores, que igualen á los que los príncipes de Babilonia y Ninive dieron á las regiones asirias.

¡Oh! sí, yo te elevaré á la esfera de los pueblos heroicos, haré esculpir en mármol tus anales en caracteres de diamante y oro, y el clarín de la fama preconizará tus gloriosos timbres por todos los ámbitos del mundo, trasmitiéndolos á las mas remotas generaciones.

Haré lundir torrentes de bronce para labrar estatuas á tus héroes, levantaré monolitos inmensos, y construiré suntuosos templos, alcázares y pirámides de ricas piedras, obeliscos monumentales sobre bases de porfirio y jaspe en las plazas de Alejandria, en el Hipódromo, junto al litoral mas bello y pintoresco, arrullado por las ondas marinas y sus besos de sala-da espuma.

Y en el atrio de tus santuarios, sobre las mismas aras, envuelta en los flotantes velos de las sacerdotisas, coronada de loto é inflamada por el fuego sacro de la inspiracion que en mí arde, confundida entre una rosada atmósfera de perfumes, semejante á una vision divinizada por la apoteosis, colocaré yo misma los laureles y emblemas que simbolicen tus glorias.

Sí, yo seré, ¡oh, Egipto! la cantora de tus esplendrosos destinos: mi voz de sirena que hace estremecerse de voluptuosidad las columnas del palacio de los Ptolomeos, resonará armoniosa, como las melodias del Eliseo, al són de las arpas eolias y de los sistros con cuerdas de oro de mis esclavas, bajo las umbrosas y floridas enramadas de mis jardines poblados de ninfas y genios, y los céfiros de la blanca aurora unirán sus rumores suaves á tan dulce cadencia. Y sonreirán los mismos cielos, y se adormecerán los dioses bajo mis templetes de rosas, de cedro y cinamomo, que embalsaman el fresco ambiente del crepúsculo con sus perfumes vagos.

Y contemplaré estasiada tu entusiasmo frenético, desde los vastos pórticos de mis alcázares iluminados por la nacarada luna, que refleja en las aguas marinas su admirable fábrica.

Y en mis amorosas citas, y en mis festines, celebraré ese poema encantador, eterno, sublime, y consagrare á tu memoria los monumentos de Tebas, Alejandria y Méfis, con sus oráculos, sus colosos gigantes, maravillas imperecederas del arte. Mis magos con su varilla divina rasgarán los velos de sus enigmas; los sacerdotes de Isis y Eleusis proclamarán á mi instancia desde el Serapeum el triunfo de la ciencia, y en medio de esa prodigiosa teogonia múltiple del Olimpo y de los mismos antros, á la faz del universo entero, la virtud, la razon y el honor mismo obtendrán la gloria de la apoteosis, humillando las necias pretensiones del Capitolio romano, ese fantasma altivo del poderío del sueño.

Y yo, Cleopatra, reina soberana por tu voluntad y la de los dioses, me embriagaré contigo en el éxtasis de tu propia suerte, me confundiré con mis coros de sacerdotisas, de mis vacantes y de mis vestales, en las poéticas mansiones de mis palacios de hadas, bajo sus bóvedas de ébano, en mis lechos de lino y púrpura. Y los sepulcros de los Faraones avivarán sus cenizas régias, renaciendo de su polvo el genio de sus héroes deificados por la fama, metamorfoseados en impalpables formas, como la crisálida brota triunfante y pura de la infecta materia.

¡Oh, feliz Egipto! yo celebraré en tu honor fiestas que igualen á las que los soberanos príncipes de Babilonia y Ninive dieron á sus pueblos de Asiria.

Haré trasmitir á la posteridad los fastos de tu grandeza y de tu gloria, coronaré tu frente de esplendores, y haré escribir sobre el granito, en letras de diamante, tus geroglíficos, tormento de la presuncion científica de los futuros siglos, y llevaré, en fin, en alas de la fama hasta los mas recónditos confines del orbe tu nombre emblemático, rodeado del brillo de la fábula y del portento.

Y esas mismas generaciones futuras, aun en medio de su materialismo, inclinarán la frente ante tus indiscifrables figuras, y las mas asiduas investigaciones filosóficas fatigaránse en vano para comprender su sentido.

¡Oh, Egipto! siento palpitar y revolverse en mi pecho el germen de tu gloria inmortal; crece mi entusiasmo, sí, y mi nombre unido siempre é identificado al tuyo, se perpetuará á través de las edades en armoniosos cantos, eternizando el eco de mi fama en esos símbolos que son tu ornamento.

La arena del circo caldeada por nuestras recaladas ardientes, cruge bajo las plantas heridas de los esclavos nubios que conducen la litera del héroe que viene á consagrar con su presencia nuestro entusiasmo, y las aves canoras que pueblan la region del aire responden con melodiosos trinos á esos clarines que resuenan ya en el anfiteatro, precursores del hombre extraordinario que llena al universo con su fama.

¡Oh, Egipto! tú serás la tierra de promision de los mortales: los reyes de Babilonia y Ninive no dieron jamás á los pueblos de Asiria festejos iguales á los que prepara en tu obsequio Cleopatra, esposa de ese hombre á quien el mundo, admirado de sus proezas, apellida Marco Antonio el triunviro, el mas gentil de los romanos: los dioses del Olimpo sonrien á esta alianza del orbe, cuyos esremos se enlazan en fraternal consorcio.

Estoy sobre la trípode... ¡Silencio! Oigo ya rodar sobre el área del Hipódromo los carros triunfales que forman el séquito del héroe: sus ruedas de nácar vuelan sobre la arena volcanizada del suelo que se estremera.

Vedle empuñar las riendas de sus fogosos brutos y conducir entre frenéticas aclamaciones y músicas ese mismo carro de triunfo que arrastra todos los dias á naciones esclavas y á reyes cautivos, despojo y prez de sus victorias.

Los oráculos, los mismos cielos, los sacerdotes, los mares, el aire, la tierra, todos los seres, todo el conjunto, en fin, de esta admirable fábrica del universo, celebra con júbilo la magnificencia de este dia supremo.

¡Oh, Egipto! regójate de tus destinos, de tu inefable dicha: yo te profetizo siglos de esplendor y gloria: dueño de ti mismo, árbitro del porvenir del mundo, inmortalizado, divinizado, por decirlo así, tú serás el emblema de la humanidad regenerada, y las puertas del templo de Jano pueden ya cerrarse, porque la hidra de la guerra homicida ha sido aplastada por tu planta triunfante. ¡Sí, Egipto, yo te anuncio, en nombre de los dioses, que serás el mas feliz de todos los pueblos del orbe!

Tal fue el canto inspirado de la última reina de Egipto.

AL AMANECER.

La aurora asomaba ya en el horizonte matizado de brumas purpúreas, y las olas marítimas, rizadas por la brisa matutina, besaban las escalinatas de mármol del palacio de los Ptolomeos.

El tibio esplendor del crepúsculo empezaba á platear la superficie movible de las aguas, y las galeras surtas en el puerto destacaban sus negras formas flotantes en un horizonte condensado por las vaporosas nieblas del ambiente.

¡Alejandria! hermosa náyade reclinada en tu concha de nácar, despiertas soñolienta al estruendo de los timbales y trompas que recorren tus desiertas calles en señal de regocijo, de un regocijo imprudente, y sus acordes resuenan en esos solitarios alcázares, en esos templos santificados por la supersticion y en esos palacios monumentales, risueños en su pompa oriental y destacándose del cielo.

Mas ¡ay! que ese marcial estruendo es la carcajada del escarnio arrojada á la faz de tu inocencia misma, para seducirla; porque un crespon fúnebre ha velado tu suerte, y luce ya sobre tí el crespon de la desgracia y del duelo!

La ciudad rebotaba alegría y bullicio al compás del marcial estruendo, siempre creciente: diríase que era un dia de triunfo y gloria.

Mas á pesar de esa vana ficcion del arte, una noticia grave y siniestra, cundia por do quier, y los habitantes despertaban despavoridos al oír la terrible nueva que sublevaba el sentimiento público y oprimia tristemente los corazones.

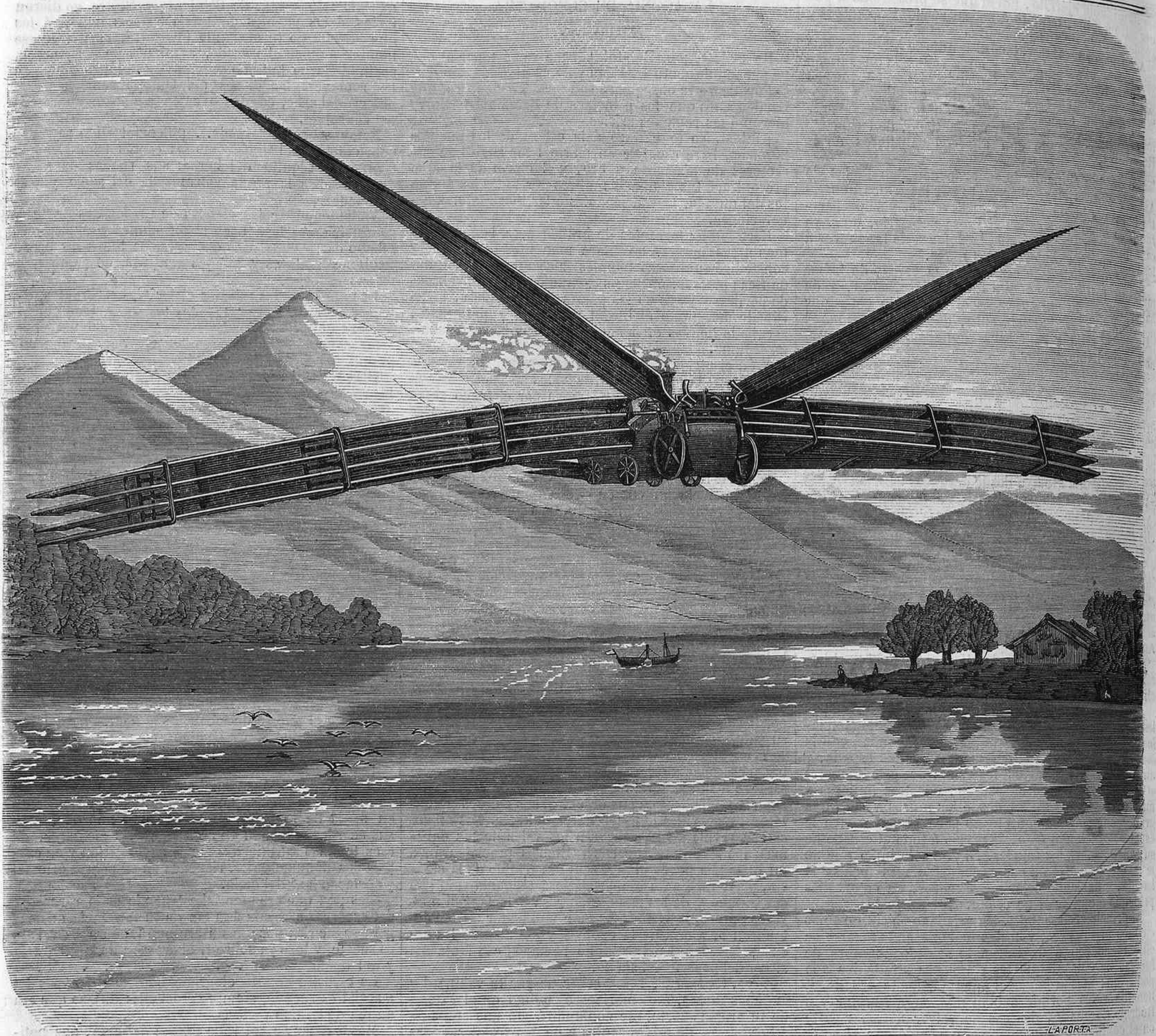
Habíase dado la célebre batalla naval de Accio: siendo una derrota sangrienta su resultado por parte del ejército egipcio, derrota que había aniquilado todo el colosal poder nacional y decidido casi la suerte del universo en pro del afortunado Octavio. Antonio había desaparecido en la refriega, y pudiera también haber sucumbido acaso en ella: derrumbábase ya tal vez hecho pedazos el trono de los Faraones á impulso del ariete romano, que pronto, muy pronto iba quizás á demoler los muros de la metrópoli egipcia.

Y cundia entonces el desaliento en las masas, y á las frases de Cleopatra, tan seductoras y ampulosas en medio de la pompa mágica de su invocacion, sucedian el luto, las lágrimas y el duelo; los dioses tutelares de Egipto lo maldecian, abandonándolo en su mayor conflicto: el desenlace, pues, había de ser fatal, deplorable.

Elevábase el sol radiante en un cielo purísimo. La ciudad parecia mecerse y flotar en el luminoso espacio, irguiendo sus obeliscos graníticos en aquel fondo de aparente dicha.

En el palacio de los Ptolomeos reinaba sepulcral silencio: las cohortes de guardia redoblaban la vigilancia, y los jefes de aquella tropa escogida ostentaban en sus cascos los penachos de gala, rematados por extraños pájaros ó reptiles de bronce y toros enhiestos, alusion sin duda al buey Apis, suprema mistificacion egipcia.

Privadamente, allá en las sombras del recogimiento y del misterio, separados de la agitacion y de la vida pública y como contrastando con aquella exaltacion tan marcada, no faltaban devotos ó fanáticos que invocaban la proteccion de las divinidades plutónicas,



MÁQUINA PARA VOLAR, DE KAUFMANN.

permitiéndose rasgos idólatras, retorciéndose con desesperación los brazos, y por medio de una transición vehemente, entregándose con abatimiento visible al vértigo de un dolor angustioso revelado por la insinuante mímica de los actos exteriores.

¿Qué sucedía, pues?

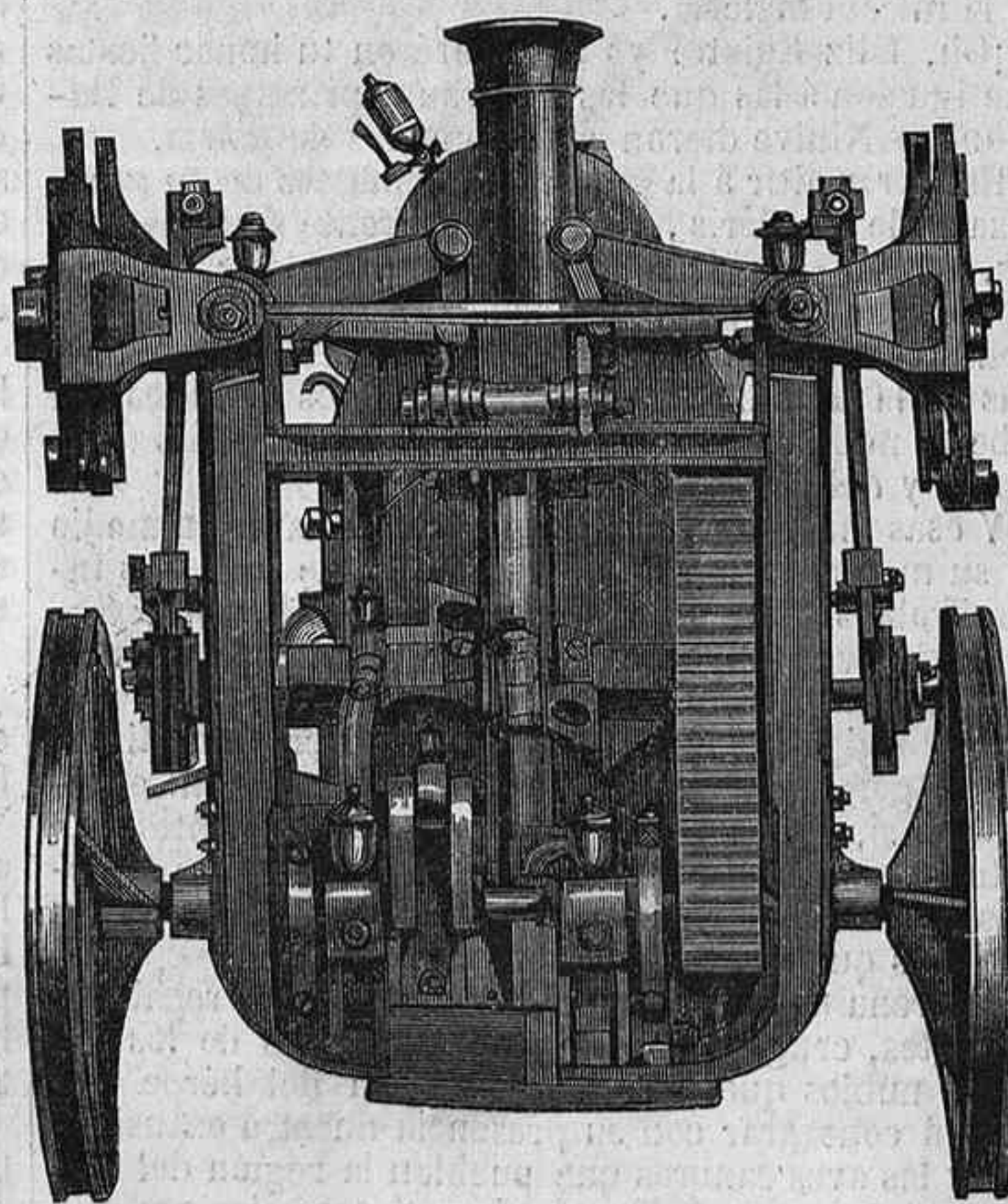
Sucedía que el marcial estrépito, las demostraciones públicas, aquel boato militar, aquella efervescencia en fin tan viva, exaltaban la ansiedad del público, sin lograr acallar á la vez un grito de dolor y angustia, que aunque recatadamente, hervía en todos los pechos hondamente afectados.

DURANTE EL DÍA.

Así trascurrió aquel día nefasto, penúltimo de la dinastía ptoloméica: la ansiedad mortal que embargara los ánimos, retrataba la tristeza de una ciudad sin ventura, que acaso iba á asistir pronto, vestida de gala, á sus propios funerales, y que en su agonía angustiosa veía cernerse como negro fantasma el estandarte de las legiones romanas victoriosas, con las rapantes águilas del Capitolio.

A la caída de la tarde, cuando las brisas de Levante resbalaban sobre la mar tranquila, refrescando el ambiente, una galera egipcia ganaba á doble remo la punta del Faro.

Aquella nave, resto disperso de la poderosa armada de Marco Antonio, era portadora de una desastrosa noticia. Octavio se había apoderado de Pelusia, asentando sus reales en la embocadura oriental del Nilo. Las barreras de Egipto no existían ya para el



LA MÁQUINA VISTA POR LA PARTE INFERIOR.

vencedor, y la suerte de sus monarcas era desesperada.

La población, ávida de curiosidad, precipitábase en tropel hácia el puerto, y en los semblantes de todos pintábase el presentimiento fatal de la catástrofe que iba tal vez á cambiar en breve la faz del mundo.

Por do quier grupos de soldados vestidos de corazas y armados como para la guerra, recorrían las sombrías calles de la ciudad de Alejandro, y resonaban los instrumentos bélicos en marcial concierto: la población presentaba, pues, un aspecto alarmante y desolado.

Las sombras de la noche envolvieron luego como sudario fúnebre la ciudad de los Ptolomeos: la luz del faro parecía cernerse como un punto fantástico en el tenebroso horizonte, en medio del cual alzábase la capital régia con sus monumentales fuentes, sus estátuas, sus esfinges, sus alcázares, sus templos y sus obeliscos: las ondas marinas batían muellemente sus blancos muros de mármol, y el sordo rumor de la población iba á perderse lentamente como un débil susurro en aquel silencio que parecía absorber toda su existencia.

Y cundía el desasosiego en las masas, galvanizadas por ese supremo esfuerzo que infunde la desesperación en las grandes crisis: y la animación, la alarma, la exasperación general, todo crecía, avivando el fuego de las pasiones.

(Se continuará.)

JOSE PASTOR DE LA ROCA.

RITOS RELIGIOSOS.

LA CONFESION ENTRE LOS GRIEGOS DEL MONTE ATHOS.

Uno de los grabados adjuntos, representa el acto de la confesion entre los griegos del monte Athos. El traje del religioso es el que se viste en muchos de sus monasterios, cuyo mayor brillo e importancia se remonta á los tiempos de los emperadores bizantinos. La historia del monte Athos es muy oscura desde Jesucristo hasta el siglo X. Los monges creen que la fundacion del monasterio de Lavra, data del tiempo de Constantino, y que lo construyó San Atanasio el Athonita. Ningun historiador habla de este santo; pero un fresco de dicho monasterio, lo representa recibiendo una bula de manos del emperador Nicephoro Phocas, es decir, hácia 965. Sin embargo, algunos otros establecimientos de esta especie, se consideran aun mas antiguos.

El traje del confesor consta, como se ve en el grabado, de capa con amplias mangas y abierta por el pecho sobre una túnica de seda azul ó violeta, segun la gerarquía del religioso, el cual lleva cubierta la cabeza con un *Kalimafki* de fieltro negro, cortado como un bonete de abogado. Este traje, unido á la larga barba que generalmente se dejan los monges, les dá un aspecto respetable. L.

A PIE Y EN COCHE.

Ha pasado mucho tiempo y todavía lloro al pensar en ella.

Porque ella fue mi primero y único amor.

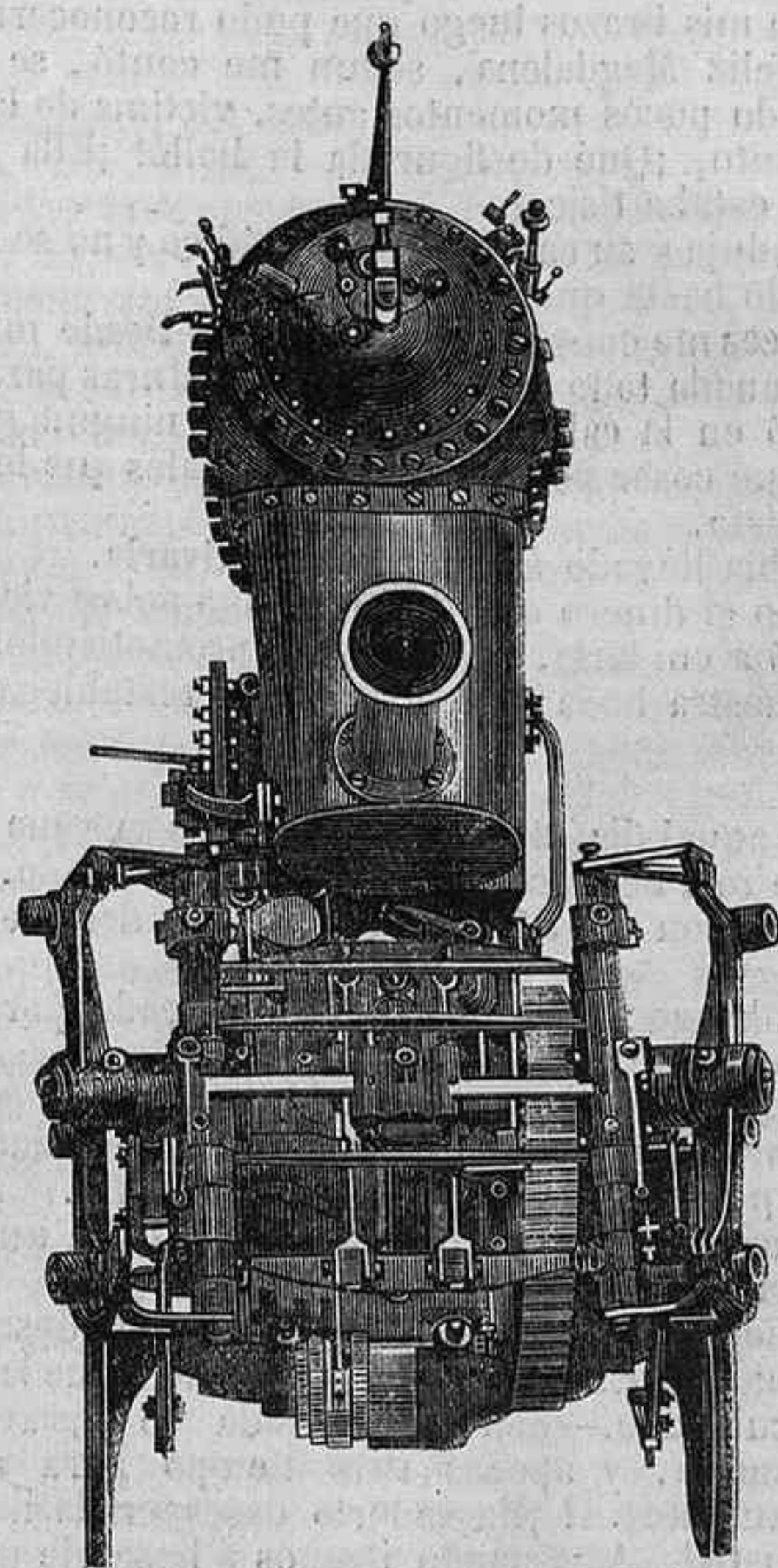
Su historia es la historia de mi corazón... ¡De mi corazón, que murió el mismo día que aquella mujer!...

Por esto no me atreva á publicar estos apuntes.

Temia perder su recuerdo al contarlo á los demás.

Temia que los que de todo se burlan, me robasen esta ilusion de mi alma.

Hasta hoy á nadie mas que á mí mismo habia contado esta historia.



LA MÁQUINA VISTA POR LA PARTE SUPERIOR.

Si hoy lo hago, es porque confio en que habeis de respetar mi pasion, ó si quereis mi *capricho*... Voy á contarla en pocas palabras.

I.

Cuatro veces la ví durante mi vida, es decir, en cuatro distintas épocas, que nunca se me olvidarán. Se llamaba Magdalena ..

Era rubia, pálida, de ojos azules, de mirada irresistible, de formas delicadas, ideal, vaporosa.

Huérfana desde los nueve años y sin amparo ninguno, se ganaba el sustento como esos niños saboyanos que cantan durante el día escitando la caridad del público, y que de noche duermen al pie de un árbol ó en el dintel de una puerta abrazados tiernamente al desvencijado violin, único compañero de su desgracia.

Magdalena era una de esas niñas. Cuando quedó huérfana, tuvo que unirse á unos saboyanos y aprendió á producir algunas notas en su garganta.

Con otros niños de su misma edad, pasaba todo el día cantando en los paseos y en las calles, acompañada por algun detestable violin ó por una arpa desafinada.

Así conseguian recoger algunas monedas de cobre.

Cuando yo la conocí tenia ya ella catorce años; iba descalza, llevaba el pelo tendido y estaba en medio de un corro numeroso cantando con voz argentina y melancólica un precioso motivo.

Su voz dominaba el sonido de las arpas, y era tan armoniosa, tan fantástica, que todos se agolpaban al corrillo y batian palmas entusiasmados...

Porque su voz era un sueño, una ilusion, una armonía celeste.

Yo estaba allí presenciando su triunfo, conmovido como si la niña que tantos aplausos recibia fuese parte de mi alma.—Yo gozaba, y ella entre tanto insensible, pálida como siempre, no parecia impresionarse, —ni una ligera sonrisa de agradecimiento aparecia en su rostro.

Unicamente recuerdo que, al dar la vuelta al corro con un platillo implorando una limosna, yo dejé caer en su mano una moneda de oro, y ella pagó mi caridad con una larga mirada triste, muy triste...!

No sé esplicar lo que entonces me sucedió.—Sólo puedo deciros que estaba enamorado de aquella niña



LA CONFESION ENTRE LOS GRIEGOS DEL MONTE ATHOS.

con el amor que deben tener los ángeles á Dios.

Cuando pude darme cuenta de lo que sentia, el corro se habia disuelto y los saboyanos habian desaparecido.

Y no la volví á ver en mucho tiempo.

II.

Habian pasado cinco años.

Yo estaba en Madrid, acompañado siempre por el recuerdo de Magdalena.

¿Qué habria sido de aquella pobre niña?...

Una tarde me paseaba por el Prado, sólo con mis amorosos pensamientos, cuando ví pasar por mi lado una lujosa carretela.

Dentro iba una mujer bellísima, y á su lado un hombre de unos treinta y ocho años.

Me quedé inmóvil, contemplando aquella aparicion.

¡Era Magdalena...!

¡Magdalena en un coche de lujo! ¡Magdalena al lado de un hombre...!

¿Se habia casado...?

¡Esto hubiera sido horrible...!

Seguí el coche con la vista y observé que se paraba ante una de las casas inmediatas al paseo.

Entonces no pude contenerme. Entré en aquella casa, luego que ví desaparecer á Magdalena, pregunté al portero lo que deseaba.—¡No me habia engañado!

¡Magdalena estaba casada con un banquero riquísimo...!

Creí perder el juicio. Yo, que la habia amado con tanta idolatria, acababa de perderla para siempre, estaba condenado á sofocar en mi pecho los impulsos de mi pasion.

Estuve enfermo un mes. Nada podia consolarme, con nada se calmaba mi desesperacion.

Por fin, un sucesos bien lamentable vino en mi auxilio...

Una mañana, leyendo un periódico, vi la siguiente noticia:

«Ayer se suicidó en su propio despacho el conocido banquero don N. N... Se atribuye la causa al mal estado de sus negocios... etc.»

¡Entonces no pude contener una exclamacion de alegría...! Magdalena estaba viuda... Yo podia amarla con libertad...

Todo mi afán fue entonces presentarme en su casa.

Dejé pasar el tiempo preciso para que mi visita no fuera inoportuna, y por último, una noche, dos meses despues de la muerte de su marido, un amigo mio hizo mi presentación.

Entré en la sala y me pareció que Magdalena se sorprendia al verme.

Repetí mis visitas. Tuve ocasion de hablar á solas con ella, y entonces fue cuando escuché de mis labios las primeras palabras de amor.

Temblando esperé su respuesta.

Magdalena, en vez de rechazarme, contestó prometiéndome un cielo de felicidad.

Ella misma me recordó la primera vez que nos vimos cinco años atrás en un corrillo formado por los encantos de su voz. Me contó entonces su historia.

Me confesó que habia entregado su mano á un hombre rico, que compadecido y enamorado de ella la habia recogido de la calle.

Me dijo que sólo por agradecimiento determinó casarse con su protector.

Me dijo, en fin, que me queria...!

Aquí hay unas cuantas páginas donde hablo de mi felicidad.

Quiero hacer caso omiso de ellas, porque el lector debe saber lo que son los pensamientos de un enamorado.

A los pocos dias, tuve que salir para Granada á evacuar un negocio importante, resuelto ya á casarme con Magdalena, en cuanto pasara el año de luto...

III.

Una eternidad me pareció el tiempo que estuve en Granada.

Por fin, pude volver á Madrid, mas enamorado que nunca.

Apenas llegué, corrí á casa de Magdalena.

Pero allí me aguardaba una nueva desesperacion.

La casa estaba desalquilada. El portero me dijo que, en virtud de un mandamiento judicial, habian sido ocupados los bienes del difunto banquero y que no habia vuelto á saber nada de Magdalena.

Calcúlese mi tormento... ¿Dónde encontrar á Magdalena!

Yo necesitaba saberlo, porque la queria con delirio, porque ella me amaba tambien!

Corrí loco todo Madrid indagando su paradero... Nadie supo darme razon.

Así pasé dos meses de mártirio.

Una noche me paseaba desconsolado por una calle poco transitada.

De pronto tropecé con un bulto que estaba tendido en medio del arroyo.

¡Era Magdalena!

Magdalena desfallecida, que cuando volvió en sí, se arrojó en mis brazos luego que pudo reconocermela.

La infeliz Magdalena, segun me contó, se habia desmayado pocos momentos antes, víctima de la falta de alimento. ¡Qué desfigurada la hallé! ¡Ella me lo confesó; estaba tísica!

La conduje á su casa, llamé al médico y no se movió de su lado hasta que estuvo mejor.

Entonces me contó sus desgracias.—Desde mi marcha á Granada todo habian sido desventuras para ella. Se quedó en la calle sin recursos de ningun género y tuvo que coser por unos cuantos reales que le daba una modista.

Yo habia llegado á tiempo para salvarla.

Dí todo el dinero que llevaba á una pobre vieja que se prestó á cuidarla, y me marché prometiéndola disponer nuestra boda en cuanto ella se restableciese.

IV.

Desde aquel dia, todos los momentos que me dejaban libre mis ocupaciones los pasaba á su lado.

Su curacion iba adelantando, segun decia el médico.

Sin embargo: aun no habia yo apurado por completo el cáliz de la amargura.

Quedaba la última gota; la mas amarga.

Una tarde, al ir á casa de Magdalena, encontré un coche fúnebre parado delante de su puerta...

Al tiempo de llegar yo sacaban á la calle una caja de muerto...

—¿Quién es? pregunté .. previendo una desgracia.

—¡Magdalena...! me respondió la vieja que la habia estado cuidando.—Esta madrugada se agravó repentinamente, y apenas tuvo tiempo para recibir los Sacramentos...! ¡Ha muerto desesperada llamándole á usted...! ¡Cuando íbamos á buscarle exhaló, el último suspiro...!

Yo lo escuchaba todo medio atontado.

Ante la rudeza de este golpe caí desvanecido.

Cuando volví en mí, ya el coche de los muertos se habia alejado.

.....

Pienso añadir una palabra mas.

En cuatro distintas ocasiones habia visto á aquella mujer.

Ellas formaron cuatro épocas en mi vida.

La primera á pie, cantando, para implorar una limosna...

Esta fue mi primavera.—Entonces nació mi amor.

La segunda, en coche... ¡y casada.

La tercera, á pie... ¡enferma, pobre.

La cuarta, en coche... ¡pero en el coche de los muertos.

Este fue el invierno de mi vida, que dejó helado mi corazon.

Desde entonces no he vuelto á amar.

¡Cómo hacerlo, si mi corazon reposa junto al cadáver de Magdalena...!

RICARDO SEPÚLVEDA.

JHS.—Esta conocida cifra, que es como el blason de una célebre orden religiosa, tiene un origen bastante antiguo. En muchos manuscritos y códices de la Edad Media se encuentra ya en caracteres góticos, aunque algo variada de su forma actual. Despues de la invencion de la imprenta se ve en los frontispicios de muchas obras, á los pies unas veces de un religioso, otras de un clérigo orando ante un Crucifijo de gran tamaño. Quizá de aquí procedió el adoptarla San Ignacio de Loyola para la Compañía, pues en su época era muy vulgar en la misma figura que hoy se ve en las paredes de los colegios de esta religion, sólo que entonces habia un Crucifijo grande sobre la H, que ahora se ha reducido á una pequeña cruz. El lema *Ad maiorem Dei gloriam*, propio de los jesuitas, ¡suele servir con frecuencia de orla al *Jesus*, siendo tambien sustituido por el no menos conocido de San Pablo (*Epist. ad Thim.*) *Soli Deus honor et gloria*, que solia usar en sus monedas don Pedro I de Castilla.

S. B.

José Natta, mecánico de Florencia, ha inventado un nuevo motor capaz de poner en movimiento los wagones de un camino de hierro, sin máquina de vapor y sin caballos. La rapidez media del movimiento, así producido, es de 18 á 20 kilómetros por hora. El ministerio de agricultura, trabajos públicos y comercio ha concedido privilegio de invencion por este descubrimiento que ha perfeccionado el coronel Perelli-Ercolini. Aunque el nuevo motor no puede hacer concurrencia al sistema de locomocion general, adoptado para las grandes líneas, presenta, sin embargo, notables ventajas bajo el punto de vista de la economía en los trayectos cortos. Por ello facilitará la construccion de los caminos de hierro vecinales. Se ha formado una sociedad en Florencia para explotar este invento.

Dentro de algunos meses estará terminado el telegrafo anglo-indio, maravilla humana destinada á resolver el mas complicado de los problemas. Este telegrafo dará, literalmente, la vuelta al mundo, pondrá en relaciones directas á la Gran-Bretaña con sus posesiones de la India, y atravesará la Persia y la Rusia en toda su longitud. Los preparativos y materiales están terminados, y los ingenieros han entregado ya sus trabajos. Dentro de pocos dias una caravana de trabajadores irá al golfo pérsico para activar la instalacion. Llevan 11,000 postes de hierro forjado, 33,000 separadores y 900 kilómetros de hilo galvanizado.

El doctor Vogel, que ha tomado parte en la expedicion de sabios enviados por el gobierno prusiano á Aden, para observar el eclipse solar del 18 de agosto, ha escrito á uno de sus amigos la siguiente carta:

«A las cuatro de la mañana estábamos levantados y el cielo casi completamente cubierto de nubes. Nos pusimos á preparar todo lo necesario para obtener, durante los tres minutos que debia durar el fenómeno, todas las pruebas fotográficas que nos fuesen posibles. De antemano nos habiamos ejercitado, como los artilleros, en el manejo de nuestro telescopio fotográfico. El momento se acercaba y el tiempo se aclaró, viéndose en el cielo el disco ya reducido al estado de media luna. El paisaje presentaba un aspecto delicioso bajo esta claridad medio solar y medio lunar. La fuerza química de la luz se iba debilitando. Cuando hubo llegado el instante, el doctor Fritiche y yo, nos colocamos en nuestra cámara oscura, lo cual, entre paréntesis, nos impidió ver el efecto general del fenómeno. Obtuvimos tres pruebas: la segunda, débil, á causa de una nube que pasó en aquel momento; pero las otras dos están muy claras y han salido muy bien. En ellas se ven las famosas protuberancias.»

Añadiremos á esto que, segun una comunicacion de la sociedad Astronómica de Berlin, una de estas protuberancias, tiene una forma muy particular, que permitirá saber cuál ha sido su cambio de lugar, y la modificación de su forma, cuando cuarenta minutos despues, los sabios franceses é ingleses hayan observado el eclipse en la India.

ALBUM POETICO.

AL MAR.

¿Quién eres tú, gigante que encadenas
con débil lazo la mansion del hombre,
y palpitando apenas,
sin que á tu faz el universo asombre,
reflejas impasible
en tu lecho de arenas
del astro dios las ráfagas serenas?

¿Acaso en tí se agita
un poderoso espíritu invencible
que en lucha inmensa con tu dios girando,
cuando la frente irrita,
acudes rebramando
para romper con poderoso empuje
la eterna cárcel do tu esencia ruge?

¿Quién eres, dí? Porque al mirarte siento
que en vértigo sin fin á tí me llamas,
cuando al temblar tus olas entre el viento,
sordo y profundo con el viento bramas.

Cuando te ví, cuando mi vista ansiosa
tu límite buscando se perdia,
doblabas con cadencia voluptuosa
el magnífico manto que ceñia
sobre tu frente azul el alba hermosa.

¡Muy bello te soñaba!
presentia tu acento omnipotente,
y en mis sueños de loco se anegaba
allá en tu inmensidad el alma ardiente.

Sin límites, empujas en la playa
con desprecio indolente
la blanca arena del mundano suelo,
para tocar con tu soberbia frente
allá en el horizonte el ancho cielo.

¿Qué dicen tus rugidos? ¿Son canciones
que halagan el oido de un gigante?
¿Son la espresion eterna y palpitante

de nuestro funeral que en torno zumba,
porque sientes, royendo nuestro suelo,
que el mundo ya caduco se derrumba?

¿Qué es el hombre ante tí? ¿Le ves acaso?
Si cuando altivo entre tus ondas flota,
te estremeces no mas y desaparece
entre su nave rota
sin dejar una huella de su paso,
es la formenta tu pasión gigante
que sólo hace latir tu seno altivo;
y al escuchar sus ecos,
el ronco són de tu bramir pujante
del hondo abismo rueda entre los huecos;
y al par que el trueno en la estension revienta
cantas la inmensidad de la tormenta.

Hasta la suave calma
de tu inmensa estension pura y serena
absorbe en sueño indefinible al alma,
de vago afán el pensamiento llena.

¡Oh, mar! en tu estension maravillosa
sentir quiero el misterio
de embeberme en la esencia procelosa
de tu profundo imperio.
Quiero morir en tí, y el claro día
al reflejar sobre el rizado encaje
de tu manso oleaje,
dore en tu seno la existencia mia...
y tumba de raquílicas ideas
mi eterna cuna tras la muerte seas.

M. RODRIGUEZ.

¿SERÁ?

Apenas la luz del día
Se sumerge en el ocaso,
Cuando da su primer paso
La oscura noche sombría,
Se asoma la estrella mia
A mirarme desde el cielo:
Yo, que espero con anhelo
Su amanecer, la saludo,
Y, ella, con acento mudo
Me infunde dulce consuelo.

Estrellita que te apiadas
Del tormento de mi vida,
La luz de que vas vestida
Es la luz de sus miradas.
¿Será que ella sus veladas
Pase también contemplando
Cómo te estás paseando
Por el azul firmamento?
¿Será que su pensamiento
Y el mio tú estás juntando?

JOSÉ PUIG PEREZ.

DOS HISTORIAS.

PRÓLOGO.

(Inútil para los que no sepan el sanscrito.)

Hay en-con-por-sin-encima-debajo-dentro—fuera de la creación un sol eterno, cuyos rayos roba un audaz Prometeo para animar sus muñecos. Así al menos me lo ha asegurado un médico vitalista, que creyendo sólo en la materia y negando, por lo tanto, la existencia del alma, sostiene con Pitágoras y con los hijos de la India la teoría de la trasmigración de las almas.

El Prometeo de que hablo vive en una gruta colocada también en-con-por-sin-encima-debajo-dentro—fuera de la creación. Allí hace estatuas con la materia inerte, cuya primera condición es ser estensa y cuyos átomos tienen número por lo tanto, de lo que resulta que sus combinaciones tienen número también y han de repetirse en la eternidad. Cuando ha acabado sus estatuas, sale á caza de luz como otros de conejos, trae su morral mas ó menos provisto, y con lo que trae las anima. Despues, las pega un puntapié y las envia á vivir á cualquiera de los globos que pueblan el espacio.

Un día, ese Prometeo habia hecho tres estatuas dignas por lo malas de que las premiase la Academia. Salio á buscar luz para animarlas, y no pudo robar al sol sino un sólo rayo.

—Hoy estoy en desgracia, se dijo; que se fastidien mis hechuras.

Los rayos del sol son todos hermanos, pero se han puesto nombres entre sí para mayor comodidad. El

robado este día ora de los menos ardientes y se llamaba Eautontinmorumenos. Nuestro Prometeo le seró en tres, puso cada pedazo en una figura como un tercio de vela en una linterna, las pegó el puntapié de costumbre y las dijo:

—¡A vivir, tropa!

Pero los muñecos que este Prometeo construye, no son por sí seres completos. Son á las personas y los animales lo que la semilla á la planta. En el globo en que caen, reciben ó se crean, por decirlo así, un nuevo cuerpo viable que animan y que mudan como un traje cuando está muy usado.

Los tres monigotes á que se refiere nuestra historia, y á quienes bautizaremos con los nombres de *Tal*, *Para* y *Cual* vinieron á la tierra que habitamos y en ella vivieron muchos siglos.

Al cabo de ellos, habiéndose encontrado otra vez á la puerta del Prometeo, á quien los tres iban á pedir que los dejase descansar, se dieron un estrecho abrazo y se dijeron:

—Mientras viene el patron, contémonos nuestras aventuras.

Y se sentaron y empezaron á contar.

Las relaciones fueron muchas y muy largas, pero hé aquí las dos últimas, cuya acción pasa en España, y que me parecen las mas interesantes.

La primera, la contó *Tal* y la segunda *Cual*. Yo no hago mas que variar la forma al repetir las.

HISTORIA PRIMERA.

EL PREMIO DE UNA VENGANZA.

I.

Pocos cuadros regocijan tanto el espíritu como el que ofrece en invierno la cocina de la casa acomodada de un pueblo agrícola. Aquella inmensa chimenea con el tronco que nunca se acaba; aquellas colgaduras de chorizos y jamones; aquella mesa en que humea la cena y en que el vino rie en los jarros; aquellos rostros alegres, satisfechos, de la gente robusta curtidada en el campo, se han presentado muchas veces á mi imaginación en los teatrales festines del gran mundo y en las crapulosas orgias en que el escepticismo y el hastío buscan la muerte del alma, ¡no pudiendo encontrar la felicidad. Así, pues, caro lector, si no lo tomas á mal, vamos á una de estas cocinas...

Una fría y lluviosa noche de diciembre, hace ya mas de un siglo, Pedro Hernandez, labrador y propietario en Estremadura, grueso, moreno, de rostro franco y jovial, y rayano en los cincuenta años, bendecia la mesa en la ancha y abrigada cocina de su casa, y se disponia á cenar con su hija María, quinceña de tez blanca y ojos y pelo negros, con Andrés Carranza, que debia tomarla por esposa, y con algunos criados de la casa que acababan de llegar del campo y eran admitidos á la mesa del amo con una franqueza enteramente patriarcal.

La alegría y la satisfacción brillaban en todos los semblantes, y especialmente en los de Andrés y María, que era quien servia á la mesa, y la conversacion se animaba, cada vez mas infantilmente gozosa, cuando sonaron golpes á la puerta, y un momento despues un caballero joven, bastante guapo, vestido al uso cortesano, calado de agua y seguido de un sólo criado, entró y entregó una carta á Pedro.

Pedro miró el papel por un lado y otro, y vaciló largo tiempo y acabó por entregarle de nuevo al desconocido, á quien todos contemplaban en silencio, con la mirada tranquila y persistente de los niños.

—Hágame el favor de leer vuesa merced, le dijo, porque ya mis ojos no están para eso.

Tengo para mí que nunca habian estado, porque no sabia leer, ni creo que supiera ninguno de los que le rodeaban, pero le costaba trabajo confesar su ignorancia.

El caballero lo comprendió, se sonrió imperceptiblemente y leyó.

La carta era de un amigo de Pedro, y le recomendaba al dador, don Luis de Vargas, desterrado de la corte por haber escrito unos malos versos contra un mal ministro.

Pedro inmediatamente se puso á disposición de don Luis, hizo llevar sus caballos á la cuadra, le hizo mudar de ropas, le invitó á cenar y le instaló en la casa.

Don Luis era muy galante, muy decididor, y cuando hubo bebido un par de vasos de vino, observando que la hermosura de María hubiera podido dar celos á muchas cortesanas, desplegó todas las galas de su ingenio.

La cena acabó aun mas alegre que habia empezado; sólo Andrés se retiró triste á su casa.

II.

Al día siguiente, don Luis se levantó temprano y salió á cazar, sin acordarse de su patroncita, y lo mismo hizo por espacio de ocho días. No la veia mas que á las horas de comer, y aun eso no siempre, porque á veces, distraido con la caza, comia en el campo. Andrés lo observaba y se alegraba; pero el joven cortesano se cansó de correr por malos caminos en busca de liebres y perdices, cortó la pluma, preparó el papel y se dedicó á escribir. Andrés observó que no sa-

lia de casa, pero se consoló al saber que tampoco salia de su cuarto. La manía de emborronar papel duró tambien ocho días. Al cabo de ellos, don Luis, cuyo carácter era estremadamente inquieto, se hastió de las musas, rompió sus manuscritos, bajó á la cocina, y sentado junto á la chimenea pasó dos horas preguntándose: —¿qué haré?—Entonces observó que María le miraba con buenos ojos ¡como que los tenia tan hermosos! y al día siguiente, el pobre Andrés se sintió en la tierra como quien habiendo vivido largo tiempo en el cielo se encontrase de pronto en una isla desierta en el helado polo. Dudó largo tiempo de su desgracia, que él habia presentado el primero, trató de engañarse, de cegar su inteligencia como hacen frecuentemente los que saben que están atacados de una enfermedad mortal é incurable, y por último, cuando no le pudo quedar duda, se decidió á vengarse... Pero precisamente el día en que iba á poner en planta su proyecto de venganza, don Luis recibió la noticia de su perdón, y salió para la corte.

Andrés, que sabia que su marcha era *demasiado tardía*, quiso seguirle. María lo supo, María, que habia quedado enferma, llorando, delirante, y cogiéndole las manos le dijo:

—Espera que pueda levantarme y le seguiremos y nos vengaremos los dos.

III.

Don Luis llevaba en la corte una vida de don Juan Tenorio. Un nuevo amor cada noche, y un nuevo duelo cada mañana. En amor, puede decirse que se vestia en el Rastro, y sus desafíos eran como las batallas teatrales de moros y cristianos, mucho ruido para nada; pero la gente hablaba de todo eso, se le admiraba, se le envidiaba, se le temia, y eso era lo suficiente para él.

Cuando estaba en el apogeo de su mala reputacion, María y Andrés llegaron á la corte. Venian disfrazados, escapados, malditos de sus familias, él atraido por el odio, hijo de sus celos, y ella por el despecho de su amor.

Andrés queria buscar á don Luis desde el primer momento y desafiarle; María, que odiaba mas, como mujer, le dijo:

—No se trata de reñir, sino de matar. Antes de desafiarle, aprende esgrima; y llamó á su casa el mejor maestro, y ella misma aprendió para repasar las lecciones á su futuro vengador cuando el maestro no venia. En tanto, y sin que Andrés lo supiera, fué á ver á don Luis. Este la recibió con extrañeza, estuvo cortés con ella, razonable, sobre todo, demasiado razonable; la aconsejó que volviera á su casa, y la declaró que el rey le casaba para hacerle sentar la cabeza.

—¡Ahora, ahora! dijo María, volviendo á su habitacion, es preciso no perder tiempo. Va á casarse.

—Le ama aun, suspiró Andrés; y fué á retar á don Luis, que aquella noche se despedia de la vida de soltero con un gran banquete, con una verdadera orgia. Al acabar la cena, don Luis y sus amigos salieron á pasear las calles. Los vinos andaluces habian hecho su efecto, y todos estaban locuaces y sobreescitados. Se hablaba de duelos y mujeres. Don Luis no cesaba de contar aventuras.

—¿Cuántos desafíos has tenido? le preguntó uno de sus amigos.

—Uno me falta para tres docenas; respondió don Luis.

—¡Uno sólo para hacer cuenta redonda! Y ya con el nuevo estado, ¿no te batirás mas?

—Es claro.

—¿Qué lástima! ¿sabes lo que yo haria en tu caso?

—¿Qué?

—Batirme esta noche para completar la cuenta.

—¡Batirme! ¿y con quién?

—Con el primero que pase, con uno de nosotros, con cualquiera; el caso es que las tres docenas se completen.

—Hombre, no me parece mal... y casi estaba porque echásemos suertes á ver con quién me bato.

—Aceptado, aceptado; vamos á echar suertes.

—Un momento, señores, dijo un embozado, que habia oido la conversacion; si don Luis quiere batirse, que cruce su espada con la mia.

—¿Y quién sois vos? preguntó don Luis, observando que el embozado tenia la cara cubierta con una máscara.

—Yo no mido mi espada sino con caballeros, y no sé si lo sois.

—Vente á echar suertes y dejemos á ese loco; digeron los amigos de don Luis, arrastrándole hácia una tienda de vinos que estaba llena de gente.

El desconocido los siguió y se puso de pie frente á don Luis, junto á la mesa en que se sentaron.

Un mozo trajo copas y una baraja.

El desconocido tendió la mano, y la cogió diciendo:

—A mí me toca.

—Idos al diablo, exclamaron incomodados los amigos de don Luis.

—Vais apurando mi paciencia, exclamó éste levantándose y tendiendo la mano para recobrar la baraja.

DIME COMO MONTAS Y TE DIRE QUIEN ERES.



HORTERA.



EL BELLO IDEAL DE LOS GRANUJAS

Pero el desconocido, rápido como el pensamiento, la hizo pedazos, y arrojándosela á la cara, le gritó:— Señor don Luis de Vargas, esto se hace con los cobardes!

Todos los que en la tienda estaban, se levantaron; don Luis puso mano á la espada; el desconocido también. El dueño y los mozos del establecimiento acudieron.

—Cerrad la puerta, les dijo el desconocido arrojándoles un puñado de onzas.

—Cerradla, gritó don Luis, arrojando otro. Donde ha sido el agravio debe ser la venganza.

Con el oro que le daban los dos campeones, el vina-tero comprendió que podía ser rico toda su vida.

Los concurrentes formaron círculo y se retiraron á los lados de la sala. Algunos se subieron sobre los bancos y las mesas para ver mejor.

El combate fue terrible; los dos combatientes eran de igual fuerza. Don Luis conoció pronto que su adversario queria matarle. Fuerte, sereno, ágil, diestro, paraba y se reservaba, dejando á su enemigo gastar su vigor en golpes inútiles.

Cuando le vió fatigado, se tendió á fondo y le pasó de parte á parte.

En seguida, blandiendo su espada sangrienta en medio de la confusion general, se abrió paso por entre el gentío y huyó.

IV.

María estaba rezando anegada en lágrimas. ¿Qué pedia á Dios? ¿Quién podria penetrar los secretos de la tempestad de amor y odio que rugia en su alma?

Andrés se presentó ante ella con el traje en des-orden y cubierto de sangre.

—Le he matado, la dijo; ahora ya puedes ser mia.

María se puso pálida como la muerte.

—Estoy vengada, exclamó; pero tu paga, verdugo, no debe ser mi mano, aunque te la dé mi mano; la muerte se paga con la muerte; tu paga debe ser esta.

Y le clavó una daga en el corazon.

Al mismo tiempo llamaba á la puerta la justicia.

—Debes agradecerme esa puñalada, añadió María, riendo de una manera salvaje... te ha librado del cadalso.

(Se continuará.)

Z. MARCAS.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

UN ABUSO DE CONFIANZA.

(CONCLUSION.)

VII.

Un mes hace que dura este martirio. No me reconoceras, querido Félix; tal efecto ha hecho en mí este tormento sin igual. Estoy pálido como un cadáver, mis ojos teniendo continuo el brillo de la

fiebre y me he puesto tan delgado que parece que mi piel se halla en inmediato contacto con mis huesos.

¡Un mes! ¿Sabes tú las eternidades que contiene el mes que acabo de pasar?

He visto á don Ramon una vez sola.

Al verme, lo primero que hizo fue sonreír mefistofélicamente: luego se pintó en su semblante una especie de compasion.

—Contemple usted su obra, le dije, con el tono con que habla la sombra de Nino en *Semiramide* ó la estatua del comendador en *Don Giovanni*.

—Ya me darás las gracias, me contestó, y me volví las espaldas sin mas ni mas.

Margarita continúa en su insensibilidad.

Pero conforme mi amor va creciendo hasta llegar al delirio, conforme esta pasion devoradora se apodera mas y mas de mi alma, el color de sus cabellos, por una gradacion apenas perceptible, pero que yo con una especie de monomania, estudio cuidadosamente, va haciéndose cada vez mas claro.

¿Será acaso un efecto del amor?

¿Será la pasion un prisma, al través del cual tomen los objetos el color que les presta nuestro deseo?

No pretenderé explicar la causa, pero el hecho es patente, real y efectivo.

Y cada vez se establece mayor armonía entre los azules ojos de cielo, llenos de languidez y dulzura, con los cabellos, ya casi por completo rubios.

Un paso mas, y la cabellera azabachada, que tal cólera me produjo y tan poco caritativos deseos hacía don Ramon hizo nacer en mí, será una aureola celestial, un nimbo de luz.

Y ¿porqué no he de aclarar el misterio?

No es posible vivir por mas tiempo de este modo. Es necesario acabar de una vez.

Es la hora que Margarita dedica á su *toilette*: la clave del enigma debe encontrarse en su tocador. Alguna vez he procurado despejar la incógnita, penetrando en el santuario, cuando ella no se hallaba en él; pero siempre le encontré herméticamente cerrado. Esta clausura es una prueba mas de que existe un misterio.

Basta con un mes de prueba, con treinta eternos dias de incesante martirio. Un dia, una sola hora mas, y conozco que va á abandonarme la razon.

Ella está en su tocador. ¿Por qué no he de probar, si estando ella, las puertas están cerradas á piedra y lodo, como en su ausencia?

Voy á hacer un esfuerzo colosal, titánico. Estoy temblando como un niño.

¡Valor! Probemos.

P. D. La puerta estaba entornada solamente. Esto me dió mas miedo, que si hubiera estado cerrada con llave. ¿Será una emboscada? pensé.

Fuí empujando suavemente la puerta, y conseguí abrirla sin ruido.

Margarita se hallaba sentada al tocador y su doncella peinaba cuidadosamente sus cabellos.

Hallábanse estos tendidos y parecian envolverla en un régio manto de oro con sus blandos rizos.

—¡Gracias á Dios que quiere usted lucir su hermoso pelo sin tinte alguno! dijo la doncella, acariciando aquellas sedosas y perfumadas trenzas.

Dí un grito de alegría.

La doncella echó á correr, riéndose en mis barbas.

Y yo me arrojé como un loco sobre aquella luminosa cabellera y me la comí á besos y la humedecí con mis lágrimas.

Y, como la primera vez, Margarita fue á volverse y mis lábios encontraron los suyos, mientras sus brazos rodeaban mi cuello.

En esto sonaron unos leves golpes en la puerta del tocador.

—¿Se puede entrar? preguntó con tono epigramático la voz de don Ramon.

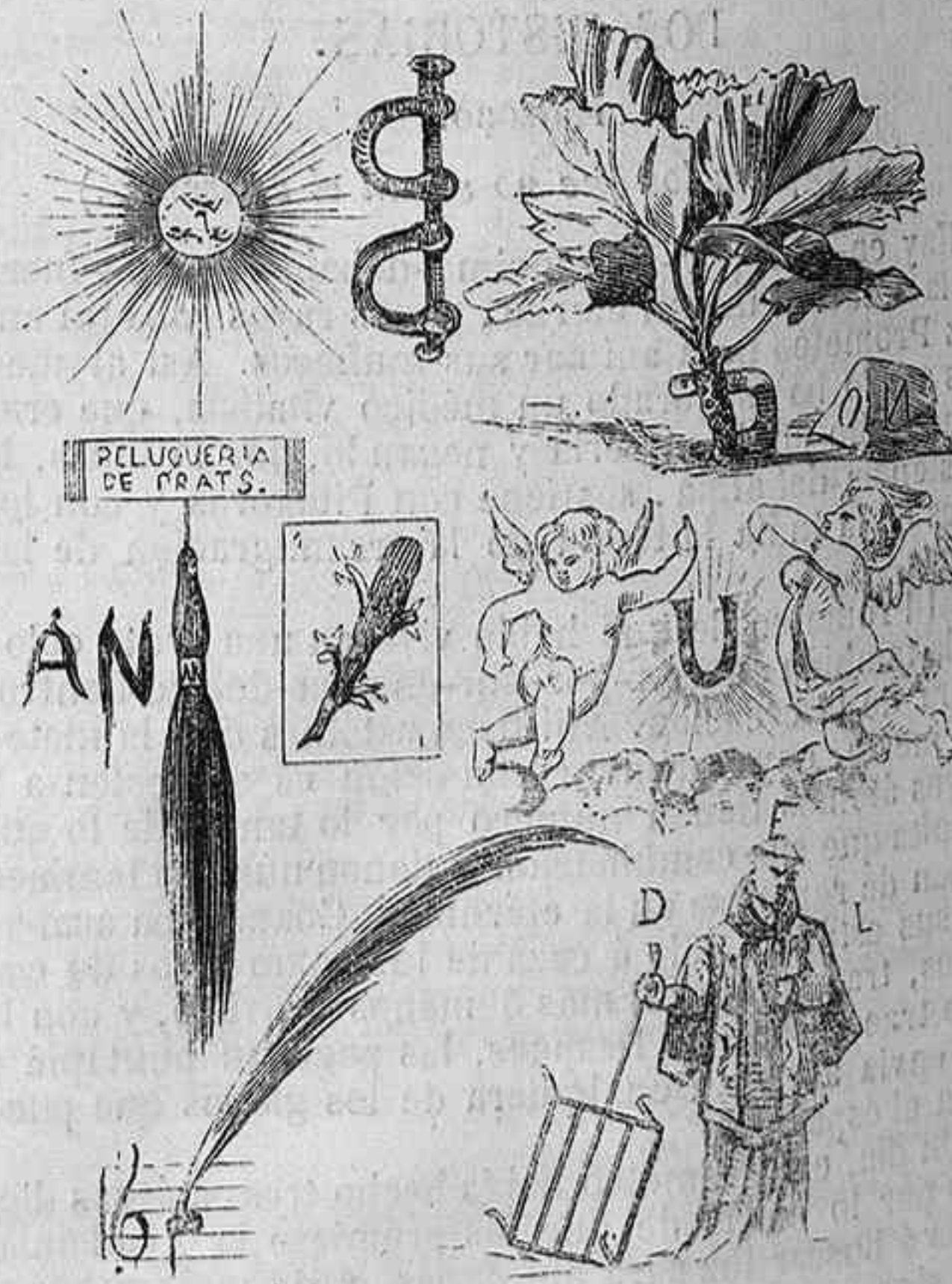
Cuando entró éste, se encontró en mis brazos, que le apretaron con tal entusiasmo, que estuvo el buen señor algunos segundos sin poder respirar.

—De hoy mas, dijo, no me meteré á casar á nadie, para que luego en vez de agradecermelo me ahoguen.

Y aquí, querido Félix, da fin la presente historia.

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4